

TEXTO 3

El viejo que escribía novelas de amor

Luis Sepúlveda

(Texto adaptado)

El cielo era una inflada panza de burro colgando amenazante a escasos palmos de las cabezas. El viento tibio y pegajoso barría algunas hojas sueltas y sacudía con violencia los bananos raquíuticos que adornaban el frontis de la alcaldía.

Los pocos habitantes de El Idilio más un puñado de aventureros llegados de las cercanías se reunían en el muelle, esperando turno para sentarse en el sillón portátil del doctor Rubicundo, el dentista, que mitigaba los dolores de sus pacientes mediante una curiosa suerte de anestesia oral.

- ¿Te duele?— preguntaba.

Los pacientes, aferrándose a los costados del sillón, respondían abriendo desmesuradamente los ojos y sudando a mares.

Algunos pretendían retirar de sus bocas las manos insolentes del dentista y responderle, pero sus intenciones chocaban con los brazos fuertes y con la voz autoritaria del odontólogo.

- ¡Quieto, carajo! ¡Quita las manos! Ya sé duele. ¿Y de quién es la culpa? ¿A ver? ¿Mía? ¡Del gobierno! Métetelo bien en la mollera. El gobierno tiene la culpa de que tengas los dientes podridos. El gobierno es culpable de que te duela.

Los afligidos asentían entonces cerrando los ojos o con leves movimientos de cabeza.

El doctor odiaba al gobierno. A todos y a cualquier gobierno. Hijo legítimo de un emigrante ibérico, heredó de él una tremenda bronca a todo cuanto sonara a autoridad. Pero los movimientos de aquel odio se echaron a perder en alguna juega de juventud, de tal manera que sus monsergas de ácrata se transformaron en una especie de verruga moral que lo hacía simpático.